

PICARDIAS



elgarage
de las
caricias



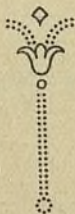
50
CTS

EL GARAJE DE LAS CARICIAS

PICARDIAS

3

EL GARAJE DE LAS CARICIAS



PRENSA MODERNA

Larra, 15 - Bajo

MADRID

Apartado: 8.012

PRENSA MODERNA
IMPRESA
LARRA, 13 MADRID.

El "garage" de las caricias



LA MAISON MAIRE

Estaba situada en el rincón que forma la calle del Bois, frente por frente de la del Point, y detrás de la del Puits.

Es decir, que no había equivocación posible.

Muy cerca, a unos ciento o ciento cincuenta metros de distancia únicamente, se hallaba el puesto de la gendarmería.

Y como la gendarmería estaba situada no lejos de la Subprefectura y muy próxima al presbiterio, era absolutamente imposible cometer un equívoco cuando lo que se buscaba era el «Garaje de las Caricias».

En el vecinaje inmediato se hallaban los cuarteles.

El centinela, ante la puerta, montaba la guardia día y noche, y si era necesario os informaba debidamente sobre la situación exacta del garaje.

Por otra parte, el Palacio de Justicia estaba exactamente colocado en el ángulo de la calle que formaba paralelo con el inmueble de que nos estamos ocupando.

Siendo así, naturalmente que todos esos señores del Palacio de Justicia se interesaban a las idas y venidas de los clientes de la casa de enfrente.

Ellos mismos, algunos días de la semana se reunían por pequeños grupos para ir a tirar del cordón de la campanilla de la pequeña puerta.

Eso sí, eran siempre muy bien recibidos.

Al señor Maire, propietario del garaje, le placía enormemente el hacer consultas a tan ilustres visitantes.

Y los ilustres visitantes tenían la costumbre de llamar al edificio la «Maison Maire», lo cual era mucho más discreto que llamarle el «Garaje de las Caricias».

En realidad, la Maison Maire era claustral y discreta como pudiera serlo un colegio de internas protestantes.

Y así lo parecía.

Cierto que las *girls* que en ella vivían no pro-

cedían de la brumosa Inglaterra, sino de la dulce Francia, y, además, ninguna de ellas había hecho votos de castidad, por lo cual su puritanismo era bastante relativo.

Pero, como las *girls* cuáqueras, las damiselas del garaje habían renunciado al mundo o poco menos, pues no entraban en él más que un día por semana, el día que les tocaba salir. Por tanto, se hallaban casi continuamente encerradas; distraían sus ocios jugando a las cartas o leyendo novelas de *cine*.

Esta ociosidad no les impedía el ser trabajadoras. Trabajadoras conscientes y organizadas, que no se revolvían contra la monotonía de su misión ni contra las exigencias de la clientela.

Porque allí los clientes no faltaban, y menos todavía los días de mercado.

Aun así algunas veces, sobre todo cuando hacía buen tiempo, las pensionistas iban a pasearse al jardín.

El jardín era grande como un parque y ensombreado como un oasis.

Un oasis de perdición, decían los buenos *paters familie* del pueblo. Esta calumniosa reputación incitaba a los externos del colegio de chicos a trepar a los árboles para lanzar miradas indiscretas en dirección al Garaje de las Caricias para ver a las damas que lo habitaban.

Esta indiscreción resultaba molesta y grosera para los habituales.

El señor Maire se quejaba :

—Son niñerías—decía—, evidentemente—; pero a estas señoritas no les agradan. Ahí está Sephora, que recibió en la espalda el golpe de una esponja mojada, y Loulou, a quien tiraron un limaco que fué a estrellarse contra sus cabellos. Esas bromas no son propias para hacérselas a damas que se comportan educadamente. Una mujer es siempre una persona del sexo débil, incluso en una casa de compromiso. Esos mozuelos debieran darse cuenta.

Y el «Principal» le respondía :

—Yo me ocuparé de ello, señor Maire; pero usted debiera hacer que elevaran las tapias, plantar árboles y establecer barreras vegetales con glincinas o zarzas.

—Gastos inútiles, señor principal... No quiero gastar nada. Estoy lleno de molestias por el nuevo adquirente del local, un tal Ragondin, que invoca la expiración de mi contrato y manifiesta el deseo de venir a habitar personalmente el Garaje de las Caricias.

—¿Es posible?

—Y tan posible; como que ya me debo ir preparando para el abandono del local.

—¿Cuándo?

—Lo más tarde posible, naturalmente... He pe-

dido un plazo. Lucho y lucharé hasta el fin. Creo que los señores del Tribunal tendrán en cuenta la buena conducta con que me he producido siempre y secundarán mis esfuerzos.

—Es su deber.

—Es igualmente su interés y también el de toda la villa. Porque un pueblo sin un Garaje de las Caricias es, por así decir, un pueblo muerto.

—Sí.

—Sobre todo, con un regimiento recién llegado del Ruhr y que tiene necesidad de distracciones. Justamente había comprado una gramola nueva y un aparato de radio. Además, espero una remesa de *girls* nuevas, rusas, inglesas, del Perigod... Un personal bien elegido.

—¡Qué contrariedad!—dijo el director del colegio, asociándose muy sinceramente a los lamentos del propietario del garaje—. Vuestra marcha va a echar por tierra hábitos adquiridos... ¿Le ha contado a usted lo que le pasa al subprefecto?

—Hace mucho. Incluso él ha hablado sobre esto en el Consejo general; pero sin resultado satisfactorio.

—Debía usted interesar en el asunto al diputado del departamento. Es un amigo personal del ministro de Bellas Artes...

—Evidentemente; pero no espero gran cosa.

—Pruebe, de todas formas.

—Lo haré. A propósito. Doy esta noche una

pequeña *soirée* íntima. Una de las últimas. ¿Le veremos por aquí?

—No sé...; procuraré.

—Entonces, hasta luego, señor director.

—Hasta luego, señor Maire.

UNA VELADA PROVINCIANA

¡ Ramona,
Si sientes en tu corazón
La suave caricia
De mi gran pasión!
Ramonaa...

—¡ La grulla!—exclamó sin amenidad Fernando, que servía la décima ronda de champán—. Nos haces la pascua, Lolita, con tus romances españoles. Canta en francés para que te entendamos todos.

Lolita alzó dulcemente sus hombros desnudos y colocó sus labios pintados de carmín en la copa del recaudador de contribuciones.

—¿Te parece así, gordiflona?

—¿A quién se lo dices, señorita mono?

—¡Fernande!—ordenó madame Camile, la encargada—, ¿quiere usted cerrar la boca, por favor?... Siempre está usted buscando historias.

—¿Yo? Se necesita barra. Es esa pochez, que me ha llamado gordiflona... El jefe de la estación es testigo.

—¡ Es falso !—declaró Lolita.

—¡ Renacuaja ! ; Rata triste ! Ahora me trata de embustera... A esa anguila le voy a obligar a que me presente sus excusas ahora mismo. No me retengáis, bandada de pingüinos. Quiero que me diga...

Lolita lo que dijo fué una palabra en español que la comprendieron todos, porque era una palabra que no daba lugar a equivocaciones.

Las risas de los congregados saludaron la peroración lacónica de la española.

Furiosa, Fernande quiso precipitarse sobre la morena Lolita ; pero fué a impedírselo el mismo señor Maire en persona.

—¡ Vamos, señoritas, mejores maneras ! Muéstrense dignas de esta sociedad escogida. No dejemos tras de nosotros recuerdos equívocos. Usted, señora Camile, pondrá diez francos de multa a cada una de estas damas...

Los reunidos se interpusieron. Sus súplicas calmaron la indignación del patrón. Para que se arreglara todo, el jefe de la estación ofreció una ronda de *cok-tails*.

Lolita cogió a Fernande y la llevó hasta el centro del salón. La rubia y la morena, olvidada su querella, se pusieron a danzar estrechamente apre-



Furiosa, Fernando quiso precipitarse sobre Lolita, pero lo impidió el señor Maire.

tadas la una con la otra, mientras todos los concurrentes repetían la melodía :

Ramona,
Tra la la la la la,
Ramona, etc....

—Son buenas chicas — dijo el presidente del Tribunal, que se había instalado con el registrador de la Propiedad un poco al fondo.

Aquella era la *soirée* de despedida. Ragondin había ganado su pleito en segunda instancia e iba a instalarse inmediatamente en la casa del rincón de la calle de Bois, frente a la de Pont y detrás de la de Puits.

He aquí por qué los más notables comerciantes de Chateau Buzard se habían reunido con algunos funcionarios eminentes y con algunos oficiales de la guarnición para ir, una vez más, a rendir visita al señor Maire y a las señoritas de su pensionado.

Para evitar las indiscrecciones, el garaje había sido cerrado para la tropa y para los parroquianos vulgares. La *soirée* de despedida tenía lugar en *petit comité*. Todos aquellos señores podrían haberse creído en el círculo si la presencia de aquellas damas no hubiera dado al ambiente una prestancia menos oficial, pero más agradable.

Todas se habían vestido de gran uniforme. Todas llevaban una flor rara en los cabellos, un collar

de perlas de imitación y unas medias de seda impresionantes por su finura y por su longitud. El resto del traje de gala estaba formado por los encantos naturales de aquellas damiselas.

Allí podían verse muslos blancos y muslos morenos, vientres de color de rosa y todas las demás cosas que se puede ver a las pensionistas de esta clase de garajes cuando las susodichas pensionistas gastan como uniforme una flor en el pelo, un collar de imitación, unos zapatitos cucos y unas medias largas.

No obstante esta particularidad en lo referente al vestuario—; qué bien la rubia Fernande y qué mejor la morena Lolita!—, la *soirée* estaba llena de urbanidad. Daba casi la impresión de una recepción mundana en la Subprefectura. El subprefecto, por lo menos, estaba allí. La que no estaba era su señora, y mucho menos en un traje parecido al que llevaban las pensionistas del garaje, que a buen seguro no le había de sentar tan bien como le sentaba a Aida; y claro es que cuando se tiene los senos en punta, esa clase de vestidos sienta muy bien a las personas del sexo débil.

Estaba también el arrendatario de los tabacos, un abogado, dos profesores del colegio, un capitalista, el adjunto de la alcaldía y algunos miembros del Tribunal de Justicia.

Reinaba un amable abandono. Una parte de los funcionarios estaban de pie en el salón grande;

sólo la magistratura estaba sentada en un pequeño salón aparte.

Porque el señor Maire tenía tacto para no despertar suspicacias provinciales. Elegía entre su material las muñecas más capaces de agradar a los clientes. Así la bella Aida, que se parecía plásticamente a la República Francesa, era la favorita del subprefecto. Lea, antigua mecanógrafa en casa de un procurador de Orleáns, embellecía los momentos galantes del juez de paz, al cual hablaba de procedimientos judiciales. Haydee había sido modelo en la Academia Julian; tenía nociones de arte y las compartía con el arquitecto del distrito, que iba a verla dos veces por mes.

En fin, la gran Fernande, hija de un guardabarreras de París-Lyon-Mediterráneo, competente en materia de tracción ferroviaria, charlaba con el jefe de estación, a quien aquellas damas llamaban «el cornudo», con notoria injusticia, porque el hombre era soltero...

Lolita era vascofrancesa; pero pasaba por española. Para acentuar esta pretensión caminaba moviendo el trasero, que, según ella, era el colmo del españolismo.

Aquel trasero móvil encantaba al recaudador y al registrador de la Propiedad; pero ninguno de ellos se mostraba celoso del otro. Lolita reservaba al uno los días pares de la semana y los impares al otro; los domingos se los tenía dedicados al capi-

tán de vestimenta, para el cual se vestía exprofesamente de Madelón de la Victoria.

—Sí—decía por vigésima vez el señor Maire—; partir es morir un poco.

La encargada suspiró. Sus pechos opulentos se inflaron como dos balones con el suspiro.

—No se entristezca de esa manera—dijo el presidente—, que no va usted al destierro.

—Casi—gimió la imponente dama—. Yo estaba acostumbrada al país. A estos señores... Conocía sus gustos... Sabía por la manera de agitar la campanilla el nombre del cliente que llegaba y la señorita a quien había que avisar. Es toda una nueva existencia la que voy a empezar... ¿Se sabe nunca lo que el porvenir reserva?

—¡Lo desconocido!—gimió el señor Maire—. Yo deseo que un garajista que me suceda tenga la sagacidad necesaria para dar gusto a ustedes.

—¿Cuándo se marchan?

—Mañana a la mañana. El personal tomará el primer tren con Camile. Yo iré a recoger a mi hija al colegio. Quiero vivir como rentista. No continuaré en el oficio.

—Estas señoritas se van a encontrar abandonadas.

—No. Todas toman pasado mañana el *paquebot* para Buenos Aires. Mi corresponsal en la Argentina les ha encontrado contratos soberbios. Sólo

madame Camile quiere continuar a mi lado para acabar de completar la educación de mi hija.

—Esos sentimientos le honran—dijo el presidente.

—Gracias, señores, muchas gracias. Pero ¿quién es el que grita así en la escalera? Camile, haga el favor de ir a verlo.

Quienes metían ruido no eran otras que Lea, la rubia, y Juliette, la castaña, que descendían del piso superior seguidas por los tenientes Targette y Hubert de l'Esperon, de quienes acababan de recibir unos adioses tan apretados y tan movidos que las habían dejado derrengadas.

Ambas se hallaban con los trajes más simples porque no habían conservado como vestidos más que el corraje de los militares, que se les había metido en la cabeza ponerse sobre sus carnes.

Lo mismo Lea que Juliette estaban muy bien con aquel improvisado aditamento, y como el cuerpo les pedía broma, bajaban zurrándose la una a la otra con unas palmadas en los traseros, que se les habían puesto colorados. En Lea, aquel sonrosado destacaba más porque tenía la piel muy blanca.

—¿Es correcto eso que hacen ustedes?—preguntó Camile—. Esto parece una casa poco decente.

—Déjelas usted—dijo Targette—. Queremos estar alegres.

Así diciendo, se instaló en el piano y entonó :

On a fait
 Pouett, pouett.
 Je lui ai fait
 Pouett, pouett.
 Elle m'a fait
 Pouett, pouett.
 Etcetera..

(Hemos hecho pouett, pouett. Yo le he hecho pouett, pouett. Ella me ha hecho pouett, pouett. Escétera...)

Esta poesía genial encontró inmediatamente eco en la reunión. Todos la repitieron a coro, dando así testimonio de lo mucho que les gustaba la composición.

De pronto, la voz aguda de Haydée dominó el tumulto :

—¡ El pedagogo ! ¡ El pedagogo !

Era el nombre con que se conocía en el Garaje de las Caricias al director del colegio de niños. La reunión le acogió calurosamente.

—Me he podido escapar—explicó el universitario—. He dicho que había reunión nocturna en el Consejo municipal...

—¡ Andrómaca !—gritó el señor Maire—. Aquí hay un señor para usted.

Andrómaca era, en efecto, la sultana del director del colegio. Era alta, de boca amplia. Poseía cierta distinción y una mano experta en trabajos

delicados : un temperamento delicioso y voluptuoso al mismo tiempo.

Era la más instruída del personal. Habíase examinado para institutriz. Aquella cualidad la había hecho simpática al pedagogo, a quien gustaba hablar a las mujeres de literatura y de geometría durante esos instantes que preceden al momento en que los demás hombres no hablan ni de política siquiera.

Entre el icosaedro y una pirámide truncada, el director del colegio se quedaba como para que lo sacaran al sol en una espuerta.

Inmediatamente, Andrómaca fué a instalarse sobre las rodillas de su parroquiano habitual :

—Qué tarde vienes, caprichote.

—Me han retenido, querida. Va a ser pronto la distribución de premios. ¿Es verdad que os marcháis mañana?

—Para Montevideo. ¿Tú sabes dónde está?

—Ya lo creo—dijo el pedagogo con convicción—. En Austria.

—Te mandaré tarjetas postales. ¿Pensarás en mí?

—¡ Siempre !

—Nada de melancolías—dijo el teniente Hubert—; elegid vuestras damas y dancemos.

La gramola entonó el «Marquita». Las parejas se organizaron.

Las múltiples rondas de champán y de lico-

res fuertes comenzaban a hacer perder a las damas el decoro que habían guardado al principio de la *soirée*.

Sus caballeros las sostenían, cada uno a su modo.

El recaudador de contribuciones había tenido el antojo de que Lolita se le montara a la gigantona sobre los hombros, y como ya se sabe que la chica no tenía sobre sí más ropa que las medias, el collar y la flor, el hombre sentía sobre su cogote un cosquilleo sobre el que no cabía dudas de donde podía proceder, y aquello le ponía nervioso. Y bien hubiera vuelto la cabeza, si hubiera podido, para meter las narices en los rizos que le cosquilleaban. El capitán se había puesto a su gusto y charlestoneaba con Juliette, que imitaba a Josefina Báker, sólo que sin plátanos.

Y de pronto la gramola se detuvo, empujada por Aida, que también cosquilleaba al subprefecto. Hubo un minuto de silencio, que permitió oír la voz de Andrómaca, que confiaba al pedagogo este pensamiento delicado:

—¿A quién pellizcarás el trasero cuando yo esté en Montevideo?

—Nada de jeremiadas—ordenó severamente el teniente Targette—. No se pongan ustedes melancólicos. Deje, si le parece bien, a Andrómaca, que nos va a imitar por última vez a Mistinguette.

El subprefecto se adelantó. No había nadie en

el distrito susceptible de igualarle en la imitación de Maurice Chevalier.

Todas las damiselas se instalaron lo más confortablemente posible sobre las rodillas de sus amigos. El señor Maire hizo subir una última ronda de champán.

—La mía, señores—dijo—. Con todo corazón.

Andrómaca y el subprefecto comenzaron su número.

Los dientes de la ex institutriz obtuvieron un gran éxito. El funcionario fué calurosamente felicitado.

—Debía usted dedicarse al *mussic-hall*—le dijo el presidente de la Audiencia.

—Habría salido ganando en lo relativo al sueldo—suspiró el subprefecto—. Pero usted mismo, señor presidente, ¿por qué diantre se dedica a una profesión tan poco remunerada cuando podía haber hecho fortuna escribiendo canciones? Todo el mundo sabe en Chateau Buzard que les hace cosquillas a las musas.

—Aquí, mi musa se llama Lea—dijo finamente el magistrado.

—Déjate de cuentos—murmuró la musa—y di a la reunión «Truc et Machine» que me estabas recitando.

La curiosidad general forzó al presidente a la obediencia.

—¡Silencio!—gritó la asamblea.

Y el presidente de la Audiencia comenzó :

Une petite femm'avait un truc ;
Un petit jeun'homm'un machin.
C'était un joli petit truc.
C'était un tout petit machine.

(Una mujercita tenía un chisme, y un hombrecito, un artefacto. Era un lindo chismecito. Era un artefacto chiquitín.)

—¡ Encantador !— aprobó el recaudador de contribuciones.

—¿ Lo entiendes ?— le preguntó Fernandé a Lolita.

La vasca estaba ensoñadora. Todas las copas y todos los *cok-tails* que había ingerido comenzaban a trabajarla sinuosamente. En fin, que estaba madura para la crisis de nervios.

Le machin connaissait le truc ;
Mais le truc ignorait l'machin !
Car jamais encore au p'tit truc
On n'avait montré de machin !

(El artefacto conocía al chisme ; pero el chisme ignoraba el artefacto, porque nunca el chismecito había visto artefactos.)

Continuaba el poeta.

Se oía reír a Haydée y a Juliette, que mima-

ban con sus partners las palabras de la canción.

El presidente guiñaba los ojos como un cómico de café concierto, explicando en seguida la historia del chisme, que terminaba normalmente así :

Lersque tout fut fini, le truc !
Prisait tant le petit machin
qu'il voulut recommencer le truc
tell'ment qu'il usa le machin.

(Cuando todo terminó, el chisme aprisionaba al artefacto ; y el chisme quería volver a empezar apenas había terminado de usarlo.)

El ruido de la ovación que siguió a esta revelación literaria llegó hasta los cuarteles donde los hombres que estaban de guardia se asomaron todos a la puerta. Las pensionistas quisieron abrazar todas al cancionista.

El presidente de la Audiencia saludaba y sonreía, dando las gracias un poco confuso por aquel éxito imprevisto que constituía el mayor triunfo de su carrera judicial.

El director del colegio dijo :

—Sería conveniente editar eso cuanto antes.

En aquel momento un tren silbó en la noche.

—Las tres menos veinte. El rápido de Barcelona—dijo el jefe de estación.

Todos aquellos señores dieron un grito :



Suspirahdo, descolgó el farol rojo que indicaba la clase de comercio a que se dedicaba al «Garaje».

—¿Es posible?

—Las horas pasan muy agradablemente en su casa—dijo el pedagogo al dueño del Garaje de las Caricias—, pero para nosotros es ya tarde.

La alegría había desaparecido. Todos pensaban con inquietud en las mentiras que era indispensable inventar para explicar aquella infidelidad a los deberes conyugales.

Solamente los solteros conservaban su sonrisa. Por el contrario, las damiselas mostraban una conmovedora desolación.

Hubo en todos los rincones reproducciones plásticas de la despedida de Luis XVI a su familia y de Napoleón a la bandera .. La asamblea estaba muy emocionada. Las lágrimas corrían. Fué entonces cuando Lolita creyó oportuno coger una crisis de nervios que aumentara la tristeza de la separación.

Madame Camile la curó al instante atizándole en la grupa falsamente andaluza una azotina que restableció la circulación de la sangre y el buen humor general.

El señor Maire fué a acompañar a sus huéspedes hasta la puerta.

—Mis homenajes y mis gracias—les dijo—. Dejo Chateau Buzard con la satisfacción del deber cumplido y la pena de no poder renovar estas pequeñas reuniones familiares.

Suspirando, descolgó el farol rojo que indicaba

la clase de comercio a que estaba dedicado el Garaje de las Caricias, y sin más amplios comentarios se metió en la casa.

* * *

En la noche, los habituales se estrecharon las manos antes de dirigirse a sus moradas.

Ante la puertecita que daba al pequeño jardín de la Prefectura, el presidente y el subprefecto cambiaron las últimas palabras.

—Cosa triste esta marcha. Se sabe lo que se deja, pero se ignora lo que va a venir...

—Costumbres nuevas, mujeres nuevas, flores nuevas...

—Y tarifas nuevas—concluyó el subprefecto—. Esta mutación es lamentable.

—No exageremos, querido. Piense en el proverbio francés: «Cambio de hierba, alegría del buey».

—Hasta mañana, señor presidente.

—Hasta mañana, señor subprefecto.

VILLA «MI DESEO»

El siguiente día era domingo.

Era el día en que los funcionarios y los comerciantes, captados el resto de la semana por sus quehaceres, erraban melancólicamente por los paseos, escoltados por sus mujeres legítimas y por su progenitura.

Instintivamente estos señores se dirigieron hacia el Garaje de las Caricias, y con sorpresa se dieron cuenta de que estaba abierto.

Albañiles y arquitectos llegados de París comenzaban las obras y blanqueaban las fachadas.

—¡Vaya! — dijo un paseante —. La Maison Maire cambia de aspecto.

—Todas las ventanas que dan a la calle están abiertas—dijo otro—. Es la primera vez desde hace diez años.

El juez del Juzgado de Paz se inquietó ante la innovación.

—Es ridículo—dijo—. El misterio es necesario para el amor...

—Y la discreción más necesaria—añadió el registrador de la Propiedad—; sobre todo en una villa pequeña como ésta... Jardineros también. ¿Qué irán a hacer?

—Están tallando los arbustos del jardín. El nuevo garajista no debe enteder una palabra de su oficio.

Los días siguientes aportaron sorprendentes noticias. La Maison Maire perdía su aspecto discreto y su apariencia claustral.

Los habitantes de Chateau Buzard tomaron la costumbre de ir todas las tardes, antes de irse a sus casas, a inspeccionar los trabajos de reparación del Garaje de las Caricias.

Una mañana se apercibieron con estupor que en lugar del farol y del número del inmueble había una placa de mármol rosa, en la que podía leerse esta inscripción: «MI DESEO».

—Es cínico—objetó la esposa del director del Colegio de niños—. Estas gentes creen que todo les está permitido.

Dió cuenta a sus amigas del hallazgo, y como cada una quiso verlo por sus propios ojos, aquello fué un desfile incesante.

Una costumbre nueva, un peregrinaje sin interrupción.

Las damas hacían gestos de desagrado; los señores se daban unos a otros con el codo.

Aquel barrio desierto de la pequeña ciudad somnolienta fué el lugar obligado del paseo.

Aquel fué el momento que eligió Ragondín para llegar a la estación con su mujer y con sus dos sobrinas, la institutriz de estas señoritas y Agata, la criada.

El señor Ragondín era un personaje austero. Su mujer, Estelle, era pesada y pretenciosa. Inculcaba a sus sobrinas el gusto por las lecturas serias y por las labores de aguja.

No había tenido nunca hijos. Atribuía esta esterilidad a las funciones de su marido, que profesaba la «filosofía» en un liceo parisino de la orilla izquierda.

El señor Ragondín era un universitario en el sentido más idiota de la frase.

Su espíritu estrecho e intransigente no admitía ninguna idea contraria a la suya, pero no era lo suficientemente inteligente para juzgar de su valía, que estaba muy por debajo del término medio.

En cambio, era presuntuoso como un mico.

Al lado de este triste ciudadano francés, las dos jovencitas, Renée y Gaby, parecían dos flores del campo transportadas al patio de una prisión celular.

Ambas eran altas, delgadas, bien hechas y de forma que podían presentar cada una de ellas dos

globos de carne desenvueltos con la firmeza y con la elegancia que tienen los senos de las mujeres jóvenes.

Los ojos los bajaban ante su tío y los lazaban al paso de los hombres. Soñaban con el amor día y noche, y confiaban a sus almohadas la tristeza de su sentimentalidad contenida.

La institutriz era morena, por oposición a las muchachas, que eran rubias. Poseía unos ojos maravillosos y unos labios que parecían sangrar como un corazón.

Tenía un trasero ondulante, unas piernas bellas y su certificado de aptitud pedagógica. Sabía inglés y pronunciaba la palabra «leve» (amor) cerrando las largas pestañas sobre el ardor secreto de su mirada.

Era una romántica mística que disimulaba un volcán bajo el hielo de una compostura estudiada, y no dejaba ver nada de lo que en su alma pasaba.

Por el contrario, la doncella Agata dejaba contemplar todas las perfecciones de su cuerpo a aquellos que se lo pedían gentilmente. No se mostraba de mal talante más que cuando estaba en presencia del señor Ragondín.

Porque el profesor, como la mayor parte de los moralistas severos, era mucho menos egoísta para él que para los otros en lo de acaparar moral, y pellizcaba disimuladamente a Agata cuando

ésta tenía los brazos ocupados o cuando estaba jabonando.

Agata tenía horror a aquella mano, demasiado peluda para ser honesta, y resistía todas las tentativas de aproximación, amenazando con irle con el cuento la señora.

Pero Ragondín sabía que las ciruelas se caen ellas solas del árbol cuando llega el momento oportuno, y esperaba la ocasión con la constancia de un filósofo.

Cuando la familia y el profesor, al bajar del tren, preguntaron la dirección de la Maison Maire, el conductor del ómnibus de la villa manifestó un gran interés.

—¡ Ah! —dijo—. Este señor y estas damas son los nuevos propietarios. Se les espera con impaciencia... Yo pienso que éstas son las «ovejitas».

Las «ovejitas» se miraron un poco asombradas ante aquella inesperada desfachatez.

—Mis sobrinas son las hijas de un comandante de navío—contestó secamente el señor Ragondín.

—Eso no les impide el ser colosales—contestó el automedonte familiarmente—. El personal que usted trae es mejor que el que se ha ido, y la patrona tiene buenas hechuras.

—Amigo mío—concluyó el profesor—, condúzcanos sin hacer más comentarios a la villa Mi Deseo.

El camino de la estación a la antigua Maison

Maire era bastante largo. Además, aquel día lo era de mercado, y las calles estaban un tanto intransitables. El coche tuvo que desfilarse al paso entre las filas de curiosos.

—Señor—hizo observar Agata de pronto—, fíjese en cómo se ríen los gendarmes.

Era exacto.

Los gendarmes, sentados en un banco a la puerta de la gendarmería, guiñaban el ojo y dirigían a la familia gestos que solicitaban una respuesta.

—Es la grullería fuera de serie—gritó de pronto el conductor—. Hay dos rubias; una española y una muchacha bien hecha y con todo lo que hace falta que las mujeres tengan encima para que los hombres podamos pasar un rato con ellas sin que se aburran. Artículos de París..., ¡de París!... ¡Vaya carga que lleva hoy mi coche!

—¿Qué es lo que está usted diciendo?—gritó el señor Ragondín indignado.

—Estoy hablando a los gendarmes, señor. El puesto de la gendarmería comunica con el Garaje. Algunas veces eso puede ser útil... ¿No es verdad? ¡Viva el jaleo!

—¡Oh!—exclamó Gaby indignada, viendo cómo el conductor besaba a Agata en mitad de la boca—. ¿Qué es lo que está usted haciendo?

—Besar a la chica... ¿Es que eso te pone celosa, muñeca mía?

Las dos jóvenes se pusieron encarnadas. Los

paseantes no hacían más que reírse. Felizmente, se iban acercando ya.

—¿Qué hacen ahí esos idiotas mirándonos con ojos de vacas?—preguntó la señora Ragondín.

—Estos provincianos son así—afirmó el profesor—. El menor acontecimiento tiene para ellos proporciones inverosímiles.

Maquinalmente se quitó el abrigo y mostró sus palmas académicas.

—¡La osa!—exclamó al verle un sujeto—. El nuevo amo de la casa Maire está condecorado... ¡Mi madre!

Sonó una ovación irónica en honor del condecorado dueño de la Maison Maire. La multitud se apiñaba contra las verjas. La señora de Ragondín se impacientó y habló de ir a buscar a la Policía. Pero los aplausos la obligaron a entrar vivamente en la casa, que las señoritas inspeccionaban ya.

—Será encantadora—decía Renée.

—Y en todos los cuartos hay espejos frente por frente de las camas.

—Curiosa costumbre local—dijo el señor Ragondín—; pero el notario no ha hecho el inventario con todo el cuidado que hubiera sido de desear. He visto en el salón algunos espejos que me ha parecido que están bastante deteriorados.

—Y han escrito varias cosas en ellos—dijo Agata.

El profesor se puso los lentes. Todas las inscripciones le interesaban. No perdía nunca ocasión de descifrar las que veía. Para él aquello constituía una verdadera pasión.

Pero estaba lejos de esperar la clase de inscripciones que había grabadas en los espejos.

«¡Vivan las grullas!»

«Lea tiene las tetas más duras que Juliette.»

«A mí me gustan las gordas.»

Y otras por el estilo.

—¡Qué horror!—gimió la señora Estelle Ragondín—. Estas obscenidades me desconciertan. El que vivió en esta casa antes que nosotros debía ser un señor repugnante. ¿Por qué se han conservado los espejos?

—Porque formaban parte de los muebles adquiridos, ya que fueron encontrados en sus paredes—respondió el profesor—. No había por qué despojarlas de ellos.

—¡Entonces me parece que no van a enmohecerse aquí! Pronto voy a desembarazarme de ellos. Agata, ventila un poco esto. Hay una atmósfera demasiado cargada.

Agata abrió las ventanas que daban a la calle. Gran número de mirones la aclamó.

—¿Cómo te llamas, encanto?... Rica, quédate un poco ahí, que a la noche será ella... ¿Te vas ya?...

Luego fué el compararla a Raquel Meller.



*Entretanto, las dos jóvenes permanecían asomadas a sus ventanas,
asustadas y contentas a la vez.*

Esta vez madame Ragondín se enfadó. Pero un bromista la comparó a los camellos del circo Violeterra, que aquella noche daban una representación en la villa.

Y como las dos hermanas empezaron a instalarse en las habitaciones del primer piso, dos jóvenes oficiales se detuvieron, demostrando abiertamente su simpatía y admiración.

—¡Hasta muy pronto!...—gritaron ellos—. ¡Hasta pronto, lindas muchachas! ¡Volveremos a veros después de las maniobras. Hasta mañana a la noche, queridas. ¡No dejéis de estar! ¡Que no os soben mucho!

Entretanto, las dos jóvenes permanecían en sus ventanas, asustadas y contentas a la vez.

—¡Desvergonzados!..—dijo madame Ragondín—. ¡Es odioso! ¡Por qué nos habrán hecho comprar esta propiedad en este país de gentes ineducadas! ¿Es que no podemos asomarnos a las ventanas sin escuchar desvergüenzas de ese género?...

—Eso ya pasará —afirmó el profesor—. La casa está en muy buenas condiciones. El parque es admirable. Parece una gran cosa. Aquí podemos recibir a la gente distinguida. El jardinero me ha asegurado que el antiguo inquilino, monsieur Maire, recibía lo mejor de la sociedad de Chateau Buzard. Es preciso continuar esta buena

costumbre. Desde mañana nos dedicaremos a hacer algunas visitas... ¡Oh!

Un ramo de ortigas y de hojas de zanahorias, seguido de una vieja alpargata, a la que estaba atada una rata muerta, interrumpió sus explicaciones. Los indígenas comenzaban sus hostilidades.

—Cerrad todas las ventanas y las contraventanas—ordenó el profesor—. Voy a presentar mi queja a la Policía. Este populacho está abusando demasiado.

Gaby, Agata, Renée y la institutriz corrieron a obedecer las órdenes del profesor. Una frenética ovación las saludó.

Esto no impidió a las damas que cerraran todo a su gusto. La villa «Mi Deseo» quedó en calma, misteriosa, impersonal a los indiferentes paseantes.

—No abriremos las ventanas que dan a la calle hasta pasado algún tiempo. ¡Esto es todo!—dijo M. Ragondín—. Además, el jardín es mucho más agradable que la calle de Bont.

—Señor—dijo Agata—, el jardinero me ha preguntado si el «Garaje» funcionará mañana, en tanto se secan las pinturas. Le he contestado que sí. ¿He hecho mal?

—¿Qué garaje?—preguntó madame Ragondín—. ¿Hay algún garaje en el inmueble?

—Naturalmente.

—Pero mi tío—objetó Renée—no tiene automóvil.

—¡Nosotros tendremos uno!—respondió Ragon-dín—. Garaje obliga, querida mía. ¡Es preciso deslumbrar un poco a los habitantes de la provincia!...

VISITA DE BIENVENIDA

Por dónde empezaremos, Adolfo, por el Tribunal o por la Prefectura?

—¡Como tú quieras! Eso es lo de menos. El protocolo me fastidia.

—¡Sin embargo, es necesario!—respondió madame Ragondín terminando de abotonarse los guantes de piel. Renée, Gaby, ¿dónde estáis?

—Aquí, tía... En la terraza de la calle del Puits...

—No miréis a la calle antes de que se sepa quién sois—dijo el profesor—. Se os puede considerar como a bestias curiosas. No os expongáis a las indiscreciones de las gentes...

—¡Lleváis unas faldas tan cortas!...—dijo secamente madame Estelle—. ¿Por qué las ha dejado usted vestir así, señorita Odette?

La institutriz se disculpó. Aun no habían llegado todos los equipajes.

—Es una excusa, en efecto—concedió madame Ragondín, que era demasiado indulgente con la atrayente Odette—. No nos retrasemos, pues; la lista de las visitas es larga. Marchemos.

—Mi tía siempre dice que se enseñan demasiado las piernas—refunfuñó Renée de mal humor—. ¡Cree ella que podemos encontrar marido vistiendo a su gusto!

—Está lista—respondió Gaby—. Con semejante ropaje y un *culotte* a elegir, me parece un poco difícil, a no ser que llamemos la atención de los pingüinos de estos alrededores.

—Escucha las galanterías que empiezan de nuevo. ¡Escucha, Renée! ¿Has oído?

—¿El qué?

—Al rubito aquel de allá abajo, que desde la acera nos llama «gallinas de lujo».

—¡Esto prueba que lo ha oído!

—¡Oh, Gaby!

—¿Luego?

—¡Aquel viejo del auto, que nos hace señas de que montemos con él!

—¡Qué sátiro!... No tiene ningún miedo. Con una cabeza como la suya...

—¡Qué más da! ¡Se nos ve demasiado! No es extraño lo que nos sucede...

A la puerta de la Subprefectura se detuvo un grupo de transeúntes para mirar al señor Ragondín, que hablaba con el portero.

—¿Queréis pasar mi tarjeta al señor subprefecto y preguntarle si puede recibirnos?

—¿Recibiros?—balbuceó el conserje—. ¿Recibiros?... ¿En su casa?

—¡Por Dios!—dijo madame Ragondín—. ¿Es preciso pedir audiencia?

—No... ; pero no sé si .. debo... ¡No sé! ¿Cómo anunciarles?...

—Es muy sencillo—dijo el profesor—. Anunciar a M. Ragondín, el sucesor de M. Maire...

Luego, empujando la puerta del jardín, penetró allí resueltamente con su señora y sus dos sobrinas.

Asombrado de aquel acto espontáneo, el portero creyóse en la obligación de ir a dar cuenta al subprefecto.

Este abrió unos ojos de asombro.

—¿Por qué habéis dejado entrar aquí a este individuo?

—Ha entrado él solo, con tres señoras que le acompañan.

—¡Cómo!—exclamó el funcionario—. ¿Se ha traído consigo las grullas de su garaje?

—Dos mujeres jóvenes..., que deben ser dos «gallinas de lujo», y una vieja..., que seguramente será la celestina de la casa.

El subprefecto soltó una carcajada.

—¡Tiene gracia! ; Es algo asombroso! Este es

un acto de *vaudeville* imprevisto. ¿Cómo son las muchachas..., bonitas?

—A mí me lo parecen... La vieja también. Lleva un corpiño ceñido con los faldones como un caballo de carreras...

—¿Es cierto?... ¡Hay que ver eso! ¿Dónde están?

—En el jardín... Están examinando la Subprefectura..., y todos los empleados de los despachos se asoman a las ventanas para verles.

—¡Diablo!...—exclamó el subprefecto—. Esto va a comprometerme ante el personal... Id a decirles que..., que se vayan..., y que no vuelvan más por aquí bajo ningún pretexto... ¡Que iré a devolverles su visita al «Garaje» y a decirle lo que me parezca de su despedida!...

El portero se apresuró a obedecer.

—El señor subprefecto me ruega que os haga saber que ha salido y que podéis hacer lo mismo. El irá, cuando tenga tiempo, a devolveros vuestra visita a vuestra casa...

—¡Eh!—dijo el profesor escamado.

—¡Qué burla!...—exclamó Estelle—. ¡Este subprefecto es un grosero! Decidle que si se presenta en la villa «Mi Deseo», le echaré a la calle. ¡Qué sucio!

El furor hacía bufar a la gruesa dama.

—¡Esto debe ser alguna confusión! Se nos ha

tomado por otra clase de gentes, sin duda alguna—dijo el profesor—. Sigamos nuestras visitas.

Fuera ya había aumentado el número de curiosos.

Risas y piropos acogieron a la familia Ragondín. De pronto Renée lanzó un grito:

—¡ Me han pellizcado!...

—¿Dónde?—preguntó su tía volviéndose como una furia.

—Aquí—dijo la muchacha marcando uno de sus pechos, erguido como una magnolia, y sobre cuya dureza no debía admitirse ninguna duda.

—¡ Y luego hablarán de que en provincias la gente es virtuosa! ¡ Mejor hubiéramos hecho quedándonos a vivir en París!

—¡ Calla, Estelle! Nos están observando—intervino Ragondín—. Aquí está la casa del presidente de la Audiencia. ¡ Esas gentes que nos escoltan son odiosas! ¡ Llama pronto!... ¡ Qué idiotas!...

—Nos han visto llegar. Oigo ruido en el corredor—dijo Gaby.

Un ayuda de cámara asomó su perfil a la puerta. Ragondín le saludó cortésmente.

—El señor presidente y la señora, ¿están visibles?... Soy el nuevo dueño del...

—¡ Sí, ya lo sabemos!—dijo el criado—. El presidente me encarga que os diga que os larguéis y que no volváis a repetir la atención, porque no

os haréis viejo en Chateau Buzard... ¡Es un consejo que os doy!

Esta vez madame Ragondín se quedó estupefacta y no encontró una frase para demostrar su indignación.

—Id a decir a vuestro señor que si no estuviera casado y no fuese casi padre de familia, le enviaría mis testigos para una reparación de honor.. ¡Este pueblo es un depósito de malnacidos! ¡Adiós!... ¡Tengo a menos el saludaros!..

—¡Y vamos a pasar la vida entre estos salvajes!—gimió madame Ragondín—. ¡Aquí tenemos nuestra escolta que nos espera!

Era cierto. Las burlas llovían, y algunos guasones empezaban a unir los gestos a las palabras. Renée tuvo que dar un empujón a un mozo de ultramarinos empeñado en darse cuenta de la plasticidad de la joven a través del fino tejido de su falda corta.

—¡Oh, la la!—gritó el cochino—. ¡Suave como la pluma, porque es de las aves de París! ¿Hay que ponerse guantes para tocar..., señora? ¡Mira lo que haces!... Niña de rico...

M. Ragondín levantó su bastón.

El tumulto creció. Cáscaras de legumbres, de ostras y de castañas de India comenzaron a describir amenazantes trayectorias. Asomadas a las ventanas y puertas, las mujeres, a pelo, unían los sarcasmos a las sucias palabrotas de los hombres.

—¡Qué animales!—gritó Gaby.

—¿Qué has dicho, rubia?...—amenazó un exaltado—. ¿Quieres que te levante las faldas para demostrarte cómo me llamo?

Asustadas, las dos hermanas apresuraron el paso.

—Volvamos, volvamos pronto a la villa.

—Pero no antes de haber consultado al Principal del colegio sobre este odioso recibimiento. Entre universitarios se puede hablar. ¡Allí nos informarán! ¡Diablos!

El principal estaba ocupado, pero su señora estaba visible. Este era «el día» de la señora.

La criada era nueva. Ignoraba las costumbres de la casa y no conocía el «Garaje de las Caricias».

Así, pues, no puso ninguna dificultad para introducir en el salón a toda la familia Ragondín.

Con la Principal se encontraba un gran número de personas de lo más elegido: las señoras de los funcionarios y del alto comercio. La señora del escribano del Tribunal; la del empresario de la Tabacalera; la del director de Correos; la señora del médico y la del verificador de pesas y medidas.

También estaban las hijas del almacenista de comestibles, que representaban los más ricos partidos de la localidad.

En fin, la hermana del cura contemplaba esta

élite provincial, a quien se apreciaba sobre todo por sus conocimientos profundos de todos los escándalos de la villa.

La llegada de la familia parisiense causó gran asombro entre las damas. Ninguna conocía a monsieur Ragondín ni a su señora.

Hubo un instante de silencio.

—Señora—empezó diciendo el profesor—. Lamento particularmente la ausencia de vuestro esposo, al que he enviado mi saludo. Espero relacionarme muy pronto con él. Soy el nuevo propietario de la villa «Mi Deseo», sucesor de monsieur Maire...

—¡Jesús!—exclamó la hermana del cura per signándose.

Todas las visitantes se pusieron en pie al mismo tiempo.

—Creo que no he comprendido bien—balbuceó madame la Principal—... ¿Usted es?...

—Madame y monsieur Ragondín, de París. Hemos llegado ayer noche a la villa «Mi Deseo», al extremo de la calle Dubois... Espero, señoras, que tendremos el placer de recibirlos en ella...

—¡Eh!...

—Así como a las señoritas—siguió diciendo madame Ragondín—. Vamos a instalar para las muchachas un tenis y un «baskett-ball» que...

—¿Qué pretendéis?...—interrumpió secamen-

te madame la Principal—. ¿Dónde creéis que estáis?

—En el colegio de Chateau Buzard.

—Espero—siguió diciendo el profesor—que usted y el señor Principal serán nuestras mejores relaciones... ¡En calidad de antiguos colegas!...

—¿Qué estáis diciendo? ¿Mi marido vuestro colega?...

—¡Qué horror!—exclamaron a coro las señoras.

—Perfectamente—insistió Ragondín—. No me jacto de ello... Es cierto .. Yo soy...

—¡Ya sé lo que sois!... ¡No lo repetáis!.. Hay oídos castos que pueden oiros.

—¡Sí!—afirmó la hermana del cura—. ¡Ah, qué historia, querida amiga!

—¡Es un poco fuerte al fin!—protestó madame Estelle—. ¿Somos acaso apestadas?

—¡Ustedes son los sucesores de M. Maire! Perdonad que os diga otra cosa.

—¡Eh!—exclamó M. Ragondín—. Después de lo que me han contado, el señor Principal es menos escrupuloso que usted, puesto que él iba a menudo a casa de M. Maire .., y pasaba allí las veladas...

Una bomba que hubiera caído en medio de las contertulias no hubiera causado mayor efecto.

—¡Oh, qué atrevimiento!... ¡Qué infamia! Tratar de tildar la conducta de un hombre tan emi-

nente... ¡Recojo vuestras palabras! ¡Presentaré demanda por difamación! ¡Salid, salid de aquí!

—Señora—gritó el profesor desesperado—. Yo no saldré antes de saber los motivos de estos insultos. Yo soy tan decente como vuestro esposo...

Las señoras levantaron los brazos al cielo.

—¡Por ejemplo!...

—¿No os da vergüenza decir semejante cosa?—exclamó furiosa la hermana del cura.

—¡César! ¡César!—sollozó la Principal al ver entrar a su marido—. Ven a disculparte, César... Este innoble individuo pretende que tú frecuentabas la casa Maire.

El Principal del colegio estuvo a punto de ser víctima de una congestión cerebral.

—¡Miserable!... ¡Imbécil!... ¡Idiota!... ¿Con qué derecho decís tal cosa?... Primeramente, ¡dígame quién es usted!

—Es el «garajista» de la calle del Pont—insinuó la hermana del cura, contenta por aquel escándalo imprevisto.

—¡Y tenéis la audacia de venir a mi casa!... con vuestras concubinas.

—¡Concubina será usted!...—exclamó furiosamente madame Ragondín—. Mi marido es licenciado en Filosofía. Le debéis más respeto... ¡A título de superior!...

—¡El respeto!... ¡Ah! ¡Es un poco violento! Un... comerciante de...

—¡ Señor Principal, olvidáis que los dos hemos ejercido las mismas funciones!—recalcó Ragon-din.

Aquello fué como un estallido. Todas las visitantes se miraron asombradas. La señora Principal se desvaneció. Algunas señoras procuraron imitarla. Unicamente la señorita del curtidor y las dos hijas del almacenista al por mayor permanecieron tranquilas, interesadas por los vestidos de Gaby y Renée, que eran los últimos modelos de la moda.

El Principal había llamado a los criados y al portero.

—¡ Desalojad la sala! ..—ordenó, acostumbrado como estaba a dar órdenes uiversitarias.

Pero madame Ragon-din dió una bofetada al primer criado que se le acercó, y se precipitó fuera del salón, seguida de su marido y de sus dos sobrinas.

—¡ Ahora ya estamos seguros de estas gentes! Estas gentes provincianas son indignas de llamarse francesas. Bueno..., aquí están los alumnos del colegio que vuelven de pasear... Renée, Gaby, que se levanta el aire. Bajad vuestras faldas... Se os ve todo.

Así era en efecto. El viento del Oeste se ponía de acuerdo con la maledicencia general y se obstinaba en levantar las ropas ligeras de las dos muchachas, dejando al descubierto las lindas redondeces de unas pantorrillas maravillosas y el na-

cimiento de unos muslos espléndidamente dibujados.

Los muchachos no perdieron ningún detalle. Pasaron ante la familia con los ojos muy abiertos, riendo, dándose codazos, haciendo gestos atrevidos y lanzando besos que depositaban en el hueco de sus manos manchadas de tinta y dirigiéndose los a las tres mujeres.

Cosa rara : madame Ragondín fué tan obsequiada como sus sobrinas.

Le agradó la elección de los colegiales, y devolvió la sonrisa a su rostro tan amargado.

El señor Ragondín seguía en su estado de cólera.

—Vamos a ver al notario—dijo—. Hay que poner todo esto en claro.

El notario estaba ausente y el estudio cerrado, a causa de la semana inglesa.

La fatalidad les perseguía.

—Regresemos a casa—suspiró el profesor—... Ya pondremos en claro estos desagradables incidentes. Pero si queréis hacerme caso, será mejor que no procuremos salir. ¡Este pueblo es un enjambre de palurdos! ¿En qué piensas tú, Estelle?

—En nada—dijo madame Ragondín con la peor fe—. Yo estoy completamente apagada.

Pero cuando se encontró sola en su habitación, se puso a murmurar, soltándose trabajosamente su faja contra la obesidad :

—¡ Oh, los pequeñuelos desvergonzados!...
¡ Los picarones!... ¡ Qué lindos eran estos bribonzuelos!

Luego cerró sus contraventanas, sonriendo a una estrella...

LA VILLA «MI DESEO» VUELVE A SER EL «GARAJE
DE LAS CARICIAS»

A la caída de la noche, algunos paseantes fueron llegando a la calle Dubois; otros hicieron su aparición por la calle del Puits, y dos o tres por la del Pont.

Aquellos paseantes se pusieron de acuerdo en un momento dado. Parecía que estaban molestos, indecisos.

Por fin dos jóvenes elegantes se atrevieron a llamar a la puerta, preguntando si las damas tendrían a bien recibirles.

—Somos oficiales—le dijeron a Agata—. No nos vaya a colocar un saldo cualquiera. Queremos a las dos muchachas rubias...

—Esas señoritas van a meterse en la cama—dijo la criada llena de asombro—. Están en camisa... y...

—Eso no nos importa—añadieron los jóve-

nes—. Por el contrario, en camisa deben estar muy guapas. Condúcenos...

Habían elevado un tanto la voz.

La señora Ragondín abrió la puerta.

—¿Qué pasa, Agata? ¿Qué quieren estos señores?

—Una botella de champán y el número de la habitación de las dos rubias que venían con usted ayer en el ómnibus.

—Señores, yo a ustedes no les conozco. Mis sobrinas son muchachas bien educadas. ¿Qué se han creído? Gaby y Renée son todavía...

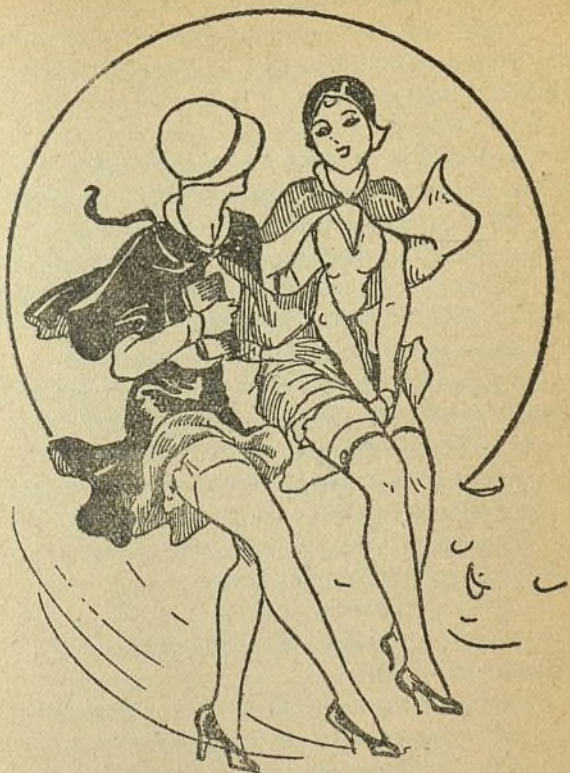
—A lo mejor va a decir usted que son mocitas—dijo uno de los oficiales—. ¿Piensa usted, mi respetable dama, que está hablando con tontos?... Con esas se ha acostado todo París. ¡Arza! Déjenos el paso libre y vaya a ver si hay abajo clientes.

Después de haber empujado suavemente a la austera matrona, los tenientes Targuette y Hubert de l'Esperon se precipitaron a la escalera.

—¡Sinvergüenzas!—bramó la señora de Ragondín—. ¡Agata! ¡Agata! ¿Por qué no responde usted? ¿Dónde está el señor?

La dama quedó petrificada.

Agata se debatía entre los brazos del cabo de gendarmes y del conductor del ómnibus, con las faldas por el aire, mostrando las piernas y todo lo que tenía que mostrar, porque el gendarme se había apropiado de la parte baja de su persona, mientras



—Mi tía, siempre dice que se enseñan demasiado las piernas—
lunfuñó Renee de mal humor.

el conductor del ómnibus la acariciaba por debajo de la blusa lo más prominente de su parte alta.

—¡ Qué infamia !—exclamó la matrona—. Estos horrores... en mi propia casa... ¡ Socorro ! Señorita Odette, venga en seguida...

No terminó de decirlo

Dos viajeros de comercio que acababan de entrar se habían apoderado de la institutriz y estaban cometiendo con ella actos poco edificantes.

Toda la faldamenta al aire, los muslos de la institutriz lucían en todo su esplendor, y las manos audaces de los viajeros de comercio se estaban entregando a unos juegos que ni los malabares.

Cosa curiosa. La institutriz no hacía ni el menor ademán de protesta. Se había tapado la cara con las manos, y allí se estaba quieta para que aquellos intrusos hicieran con ella lo que les viniera en gana, y por lo que le tocaban y por la algarabía que estaban armando, se veía que lo que iban a cometer era una barbaridad de las más gordas.

—¡ Esto es demasiado fuerte !—gruñó la mujer del profesor—. Odette, le ordeno que abofetee a esos sinvergüenzas.

Un azote sonoro acababa de sonar en su trasero de cuarentona ; pero no un azote por encima de la falda, no. Un chalo en pleno nalgatorio, y en el nalgatorio al aire.

—¡ Asqueroso ! Atreverse a... Pero... Oh... Déjeme usted eso..., que no es suyo... Pero... quie-

re usted... Que yo no tengo edad... para estas cosas .. ¡Oh!..., qué atrevimiento..., que atrevimiento... ¡Qué audacia!... ¡Y son dos!...

Volvió la cabeza, esforzándose en parecer muy enfadada por aquellas familiaridades que dos desconocidos se permitían con su trasero.

La dama había sido asaltada (como dicen los americanos) por el comisario de policía y por el presidente del Tribunal de Comercio.

A estos señores les gustaban las damas un poquitín entradas en años.

Por fin pudo desasirse.

—¡Marido mío! ¿Dónde está mi marido?... ¡Adolfo! ¡Adolfo! Ven a vengar el honor de tu esposa. ¿Por qué te has encerrado? Abreme...

Sonaron risas de mujeres cosquillosas, pequeños grititos que dejaron asombrada a la dama.

El señor Ragondin, unos instantes antes del asalto de la Maison Maire, había recibido la visita de dos damas elegantes llegadas en el último tren.

¿Qué habían ido a hacer aquellas dos pécoras? Las onomatopeyas que oía Estelle la edificaron de tal manera que se lanzó, con todo su peso, contra la puerta, y la puerta no la resistió.

—¡Miserables!—exclamó la esposa ultrajada.

El profesor enlazaba a las dos visitantes, vestidas únicamente de sus medias de seda y de un collar de ámbar, prendas que, como se compren-

derá, no eran suficientes para velar las carnes desnudas de ambas damiselas.

—¡Estelle!—balbuceó el profesor—. No te fies de las apariencias; yo te voy a explicar, Estelle... Estas dos damas de mundo... venían a ver la *Maison Maire*... Ignoraban el cambio de inquilinos, y...

—¿Y por eso se han puesto en cueros?—chilló la señora Ragondin—. Pero yo sé lo que me corresponde hacer. Y tú lo vas a ver en seguida.

Entonces, ante la extrema estupefacción de su marido, que no hubiera creído un acto tal de decisión en Estelle, ésta se arrancó nerviosamente las faldas y el sujetapechos, el pantalón de madapolán, las medias y la camisa, y apareció ante los ojos de su esposo en un traje idéntico al que tenían las visitantes, sólo que sin medias y sin collar.

—¡Esto está bueno!—exclamó una de las dos señoritas poco vestidas—. Si la patrona de la casa se va a poner a hacernos la competencia, le aviso que daremos cuenta a nuestro sindicato. Fíjese bien en esa viciosa.

El epíteto era motivado por la conducta de la señora Ragondin, que acababa de lanzarse con todo su peso en brazos de un hombrecito, cuyas maneras correctas y palabras deferentes le fichaban como un notario o cosa por el estilo.

—¡Oh!—exclamó el recién llegado, sacudiéndose aquella masa de carne desnuda—. Sírvase

admitir todos mis respetos... Veo con pena que he llegado, desgraciadamente, tarde... Su llegada inopinada a Chateau Buzard me ha impedido prevenir a todas las notabilidades de la villa, y ésta es la causa de la confusión... Se ha creído que eran ustedes los sucesores del señor Maire. ¡Error desastroso!

Se inclinaba al hablar, se esponjaba, ofrecía a la gruesa señora un periódico para que cubriera sus desnudeces, un poco excesivas, y presentaba al marido sus excusas de hombre bien educado.

—¿Es usted el notario?—preguntó el profesor.

—Sí. Y estoy satisfecho de haberos adquirido un edificio como éste. Porque el Garaje de las Caricias, por otro nombre Maison Maire, es espacioso, bien amueblado, comfortable. Desgraciadamente, tiene una reputación que costará algún tiempo hacerle perder...

Fué interrumpido por la llegada de Gaby y de Renée.

Ambas llegaban desgreñadas, pero rípidas.

Los dos oficiales, desde el primer momento, o, por mejor decir, desde los primeros contactos habían comprendido su equivocación; pero, como eran hombres de mundo, se habían brindado inmediatamente a repararla. Cada jovencita tenía de dote trescientos mil francos, y así, aunque no se sea muy hombre de mundo, cuando uno es el

que estrena la cosa, bien la puede reprisar; así es que esta noticia les acabó de decidir.

La petición oficial de mano resultó un poco menos solemne que de costumbre, porque los parientes de las dos solicitadas ofrecían un aspecto muy poco decoroso.

La presencia del notario reemplazaba la decencia ultrajada.

—En fin, menos mal—exclamó Estelle cubriéndose con el periódico del notario lo que hasta aquel día nunca había descubierto en público—. Pero ¿este par de asquerosas piensan incrustarse aquí?

El notario intervino para evitar la respuesta del par de asquerosas. Aquellas dos personas habían ido a acrecentar el personal de la Maisón Maire; pero, desde el momento que la Maisón Maire cambiaba de destino, aquellas dos señoritas se irían en el primer tren.

—Que sea así—dijo Estelle.

—Evidentemente—replicó el notario—, un profesor de Filosofía no es lo más indicado para suceder a un... industrial que ganó un millón ochocientos mil francos en once meses.

—¿Cómo?—exclamó Estelle.

—¡Peste!—dijo Ragondin—. Toda mi carrera universitaria no me ha producido la décima parte de esa suma.

Luego se puso a reflexionar.

Abajo, en el entresuelo, se oían aún los suspi-

ros de la institutriz y las risas de Agata, risas de mujer a quien le están haciendo cosquillas sabrosas...

Ragondin miró a las dos bonitas muchachas que habían llegado a aumentar el personal del señor Maire, y que ya estaban como en su propia casa. Miró a su mujer, imponente con el peinador escarlata que se acababa de poner. Pensó en que Gaby y Renée se iban a marchar de Chateau Bruzard para que les reparasen por medio del matrimonio lo que les habían agujereado sin trámites en la alcaldía, y pensó que la filosofía antigua no era indiferente a las cosas de amor y de fortuna.

Miró al notario, que sonreía.

Miró a los espejos, y se vió en calzoncillos y en chaleco, con las palmas académicas. Esto le desanimó un poco.

Después, como el notario adivinara su pensamiento e hiciera un gesto de ironía, se quitó la condecoración violeta y se la metió en el bolsillo.

Después, con el acento que empleaba para leer las notas los días de distribución de premios, exclamó:

—He decidido no cambiar nada de lo establecido. . Dejemos subsistir el Garaje de las Caricias.

F I N

¡TIGRIS!

Nombre trágico, impresionante, sugeridor de las más increíbles y espeluznantes hazañas, de los más inauditos episodios, cuyo novelesco relato hace temblar de angustia, de piedad, de amor..

¡TIGRIS!

Pero... ¿es una novela? ¿No se trató de aventuras verdícas y reales, de una revelación inesperada, de algo cierto y no imaginado?

¡TIGRIS! ¡TIGRIS! ¡TIGRIS!

Su autor, el famosísimo maestro del género,

MARCEL ALLAIN

que llegó a las cumbres de la popularidad con su celeberrima obra

FANTOMAS

se ha superado a sí mismo al escribir

¡TIGRIS!

obra de realidad, de audacia, palpitante de pasión, de vida, misteriosa, incomparable, cuyos derechos de traducción exclusiva para el castellano ha adquirido PRENSA MODERNA, que tiene ya en curso de publicación los 25 VOLÚMENES de que se compondrá la obra completa, a razón de uno cada quince días y al precio inverosímil de

¡UNA PESETA!

.....

¿Cuándo se ha ofrecido al público nada tan barato en libros de 200 páginas, cuidadosamente editados y de un autor de tanto renombre y prestigio?

Lector: acuérdate de ¡TIGRIS

Te hará reír, te hará llorar, te crispará los nervios, te emocionará, te conmoverá, te conquistará...

TIGRIS! El héroe a quien se odia...

TIGRIS! El héroe a quien se ama...